

# **Chile 1990: Adonde conduciría el modelo ultraliberal**

**Sergio Bitar**

---

**Sergio Bitar.** Chileno. Economista. Estudios de Post-Grado en el Centro de Estudios de Programas Económicos de París, Francia, Master en Economía de la Universidad de Harvard, EE.UU. Obras publicadas: "Corporaciones Multinacionales y Autonomía Nacional"; "Transición, Socialismo y Democracia". ural y de Prensa.

---

En un lugar de Santiago, en 1981, un grupo de científicos sociales se reunió a reflexionar sobre el futuro de Chile. Al abrir la sesión, el organizador les expresó su propósito. Desde 1974 las cosas han cambiado mucho - dijo - y les pedimos a ustedes que nos iluminen hacia dónde nos llevaría el modelo económico si permaneciera inalterado.

La primera reacción de los presentes fue de cautela. Algunos economistas recordaron que ya antes sus pronósticos no se habían cumplido, debido a una incorrecta apreciación de las condiciones políticas. Otros, en cambio, señalaron que la experiencia de los últimos siete años les proporcionaba una base firme para emprender un análisis más correcto, y que juntos, economistas, sociólogos y políticos, podrían bosquejar un escenario posible.

Luego de un breve debate, resolvieron intentar un esbozo del Chile 1990. Para construir ese escenario recurrirían a sus conocimientos teóricos y prácticos. Sin embargo, ello no era suficiente. La tarea exigía formular algunas hipótesis sobre las tendencias futuras, lo cual los situaría en un nuevo contexto: el de científicos-futurólogos.

Iniciaron sus pronósticos analizando cuáles serían los sectores impulsores de la economía chilena en los 10 años siguientes. Hubo rápido acuerdo en que la dinámica económica se sustentaría en dos actividades claves: sector financiero y comercio exterior; y dos de acompañamiento: construcción y servicios.

Mirando las cosas en 1981 - pensaron - el sector financiero se afianzaría como el estado mayor de la economía nacional. Dicho estado mayor financiero (EMF) regularía todo el movimiento económico, controlaría los flujos financieros, captaría el grueso de los recursos estatales y efectuaría el nexo con el sistema transnacional. Sería el cerebro de la nueva economía: extraería recursos de todos los chilenos, ya fuera succionando sus ahorros o prestándoles a altas tasas de interés, y señalaría el destino de los recursos, consumo o inversión; qué consumos y qué inversión; cuánto en Chile, cuánto al exterior. Asumiría las funciones del Estado y

actuaría como ente planificador global, contando para ello con equipos técnicos y medios materiales más abundantes que el propio gobierno.

El EMF iría colocando sus recursos en las áreas más rentables: financiamiento de importaciones, exportaciones, construcciones y urbanizaciones para los chilenos de ingresos altos y muchos servicios "modernos" para los mismos privilegiados. Como banqueros, la preocupación del EMF, naturalmente, sería elevar sus utilidades antes que el ritmo de crecimiento del país; hacer colocaciones seguras, de fácil recuperación, en vez de impulsar inversiones más largas, de interés nacional; favorecer a los suyos, enriqueciéndose unos pocos, sin preocuparse del bienestar de la mayoría. Claro está, si fueran meros banqueros no importaría, pero como controlarían el grueso de los recursos del país, sus decisiones serían determinantes para el conjunto de la nación.

Consciente de su carácter cortoplacista e inestable, el EMF miraría más lejos: cómo desmontar los focos de oposición para impedir un rechazo masivo a su dominación. La respuesta sería simple: continuar privatizándolo todo para desembocar en una nación de individualidades, no de organizaciones. Empezarían con más vigor la privatización de los colegios, de las universidades, de la cultura, de las profesiones, de la salud, del deporte, del arte, de los puertos, de la infraestructura, de la TV, del cobre... y si pudiera, su ideal sería contar con una industria casera, subcontratada, antes que con una industria moderna, con obreros reunidos.

Los futurólogos coincidieron en que las exportaciones se transformarían en el eje propulsor de la economía. Más minerales, más madera y celulosa, más pescado y frutas para el mercado externo serían los focos de inversión y crecimiento. También aumentarían algunas actividades de apoyo, principalmente en servicios; y lentamente lo haría la producción de algunos artículos para el mercado interno, pero sólo a un ritmo vegetativo.

También opinaron los estudiosos del futuro que la agricultura no exportadora languidecería y que las industrias no ligadas a los recursos naturales exportables irían desapareciendo. Quienes conocían algo más sobre industrialización argumentaron que ningún país mediano, y menos los subdesarrollados, podría impulsar su industria compitiendo con todo el mundo en todos los rubros sin protección alguna. Siempre los costos marginales de producción de los países avanzados serían muy inferiores a los costos medios de Chile; siempre habría gran variedad de artículos en el mercado mundial que despertarían el apetito de las minorías consumidoras. Más todavía, ningún país hoy exportador de manufacturas logró sus metas abriéndose indiscriminadamente al mercado externo. Todos los países exportadores, sin excepción, se protegieron, invirtieron, se especializaron, adiestraron gente, pusieron voluntad y lo consiguieron. Quienes sabían de agricultura indicaron que con precios oscilantes y sometidos a los vaivenes de la cambiante situación internacional no podría desarrollarse en Chile una agricultura

equilibrada y sólida. Se podría proseguir con manzanas, peras, uvas, y algo más, pero ello siempre sería una proporción reducida del total de las exportaciones.

En suma, convinieron los futurólogos, Chile volvería a un modelo primario-exportador. En las postrimerías del siglo XX estaría como a finales del siglo XIX.

Entre las actividades de acompañamiento, la construcción daría, con altibajos, algún empuje adicional. Las inversiones estatales en infraestructura se mantendrían para así retener el gasto público y aminorar el rol del Estado. Carreteras, energía, embalses, ferrocarriles y puertos ya no se construirían como antes, sólo se les mantendría. Las obras nuevas se destinarían a dos fines: apoyar las actividades de exportación e importación y mejorar la infraestructura urbana en los barrios altos<sup>\*</sup>, para que los más pudientes se olvidaran de los demás y creyeran que todo Chile cambiaba como lo hacían sus "caracoles" y avenidas. Las viviendas para las clases altas recibirían más recursos, y cuando se agotaran los compradores (pues son pocos los pudientes en un país chico) se extendería el acceso a un anillo social periférico. Para financiarlo, el EMF destinaría algunos recursos adicionales. La construcción de viviendas populares, antes promovida por el Estado, seguiría casi congelada y el déficit crecería en forma desorbitada. Faltarían casas o, como pensarían los publicistas y tecnócratas del régimen, sobrarían chilenos.

Los servicios privados florecerían. En torno al boyante aparato financiero privado aflorarían muchas actividades subsidiarias. El comercio de importación se ampliaría, compensando la baja de los productos nacionales y germinarían comercios pequeños, boutiques, gestores, consultores de mercado, diseñadores y tantos otros. El servicio doméstico, los taxistas, jardineros, cuidadores de autos, "saunas" y similares para servir a la minoría, también repuntarían, pues con tan barata mano de obra y tanta riqueza en pocas manos se haría fácil para algunos tener muchos empleados, directa o indirectamente. Se formaría un gran bolsón de semi-ocupados en servicios de confort para los beneficiarios del sistema. Entre los futurólogos, los más cáusticos expresaron que les evocaba el feudalismo y hasta rememoraba la servidumbre colonial. Pero no, no era así, ahora todo era más sutil, pues se operaba a través del mercado. A los ojos de la mayoría no eran los hombres los que decidían, sino la mano invisible. Si las cosas eran como eran, se debía a las leyes inmutables de la economía. Los más capaces triunfarían, los otros... mala suerte. Lo que la naturaleza no daba el EMF no lo prestaría.

### ***¿Cuánto crecería la economía?***

Los participantes se preguntaron, luego, cuál sería el ritmo futuro de crecimiento de la economía chilena. Las primeras apreciaciones fueron cautelosas. Rondaba

---

<sup>\*</sup> En Chile se denomina barrios altos a las zonas precordilleranas de Santiago donde habitan los sectores de la alta burguesía. (N. de la R.)

una gran duda. En el pasado ellos habían percibido la realidad de una manera, mientras las cifras que el gobierno entregaba reflejaban otra cosa.

Partamos por la inversión - dijo uno. Pienso que éste es un indicador central. La producción nacional no puede crecer sin elevar la tasa de inversión. De seguir el modelo actual esa tasa se mantendrá baja, y tengo varias razones. Primero, el Estado siempre cumplió un papel primordial en el financiamiento de grandes proyectos. Las obras de infraestructura y vivienda popular no pueden ser impulsadas por otros. El Estado mantendrá un bajo nivel de actividad, tanto por obcecación ideológica como por la convicción mecanicista de que conteniendo el gasto público se elimina la inflación, según reza la teoría dominante. Segundo, el sector privado industrial y productivo continuará contrayéndose y será forzado a transformarse en comerciante o especulador financiero. La apertura total al exterior y la obligada contención de la demanda de las grandes mayorías serán un inhibidor. El gran capital financiero buscará siempre inversiones de buena liquidez y rápida rotación. Por lo demás - continuó - dudan de la estabilidad futura; basta recordar aquella autodelatora campaña del terror económico en los días que precedieron el plebiscito de 1980. Tercero - finalizó - seguirá prevaleciendo una alta propensión al consumo, activada por el EMF para colocar sus dineros como créditos al consumidor, para favorecer a los importadores y también para preservar la imagen de abundancia de artículos sofisticados. Y algo más - señaló - la emigración de técnicos y el desmantelamiento de las empresas productivas también limitará la capacidad para implementar nuevos proyectos.

Pero no debemos olvidar la inversión extranjera, precisó otro participante. Ella puede devenir, hacia 1990, un poderoso motor. Con cifras en la mano debatieron y constataron que de los montos de inversión extranjera autorizados por el gobierno y tan publicitados, no más de un 10 % habían sido ejecutados. Y el grueso correspondía al cobre. Concluyeron que hacia el futuro la inversión extranjera se volcaría principalmente sobre la minería (hecho que nada tenía que ver con el modelo actual, pues igual ocurriría bajo cualquier otro modelo) lo cual podría elevar levemente la inversión. Al final, convinieron en que la tasa de acumulación se elevaría escasamente, su incremento provendría esencialmente del exterior, para canalizarse hacia las finanzas, la minería, el petróleo, algunas tierras y también para la construcción de apartamentos caros. En todo caso, la nueva inversión extranjera provocaría una transnacionalización aceleradísima. Hacia 1990, de producirse un influjo mayor que en el pasado reciente, el país habría colocado en manos de las corporaciones transnacionales el grueso de sus actividades productivas más dinámicas. Con todo, el ritmo de crecimiento sería modesto.

A la misma conclusión arribaron mirando el problema desde otro ángulo. Se preguntaron cuáles sectores crecerían más rápidamente y cuánto podrían "arrastrar" a la economía en su conjunto. Podrían conseguirse altos crecimientos en las exportaciones de bienes mineros, agrícolas y forestales. Los mineros dependerían eminentemente del cobre, pero las nuevas inversiones en el yacimiento "La Disputada" darían frutos a mediados de la década y en "Pelambres", de materializar-

se, produciría después de 1986. El incremento de la producción en términos reales sería de un 30 ó 40 % al cabo de seis o siete años. En cuanto a los forestales, agrícolas y pesqueros, habrían mayores posibilidades. Pero un ingeniero conocedor de las instalaciones, que se encontraba presente, hizo ver que en el campo forestal y sus derivados el gran salto ya se había dado, empleando capacidades instaladas antes de 1973 y que los árboles cortados habían sido plantados también en la década de los sesenta, a lo menos. Seguir a los ritmos del pasado, precisó, exigiría cuantiosas inversiones que hasta 1980 no se habían verificado. Con todo, coincidieron que las exportaciones podrían seguir aumentando, y cuantificaron así. Si las no cupríferas crecen al 10 % anual en términos reales y ellas aportan cerca del 10 % del valor agregado nacional, el producto crecería en un 1 % por ese lado. Las cupríferas pasarían a contribuir con otro tanto, a partir de mediados de la década. Si sus precios internacionales mejorasen, el producto podría crecer algo más.

La construcción, tan deprimida, podría recuperarse más y activar el crecimiento. Su aporte al producto, siendo menor que 10 %, y creciendo al 10 % interanual, daría menos del 1 % de aporte a la tasa global. No era razonable imaginar tendencias sostenidas, expresó el ingeniero. Siempre la construcción se desenvuelve cíclicamente. Crece unos tres o cuatro años y después se estabiliza o se contrae.

Siguieron evaluando los servicios y vieron allí algún margen de crecimiento, pero no tan alto pues dependería de la evolución de la economía en su conjunto. Sumando y calculando coincidieron en que, para el escenario que analizaban, un 4 % promedio anual de crecimiento en la década era probable.

### ***El empleo y las cifras: ¿realidad o invento?***

El café interrumpió los pronósticos. Durante la breve charla que le acompañó, un asistente vinculado a las labores de solidaridad de la Iglesia relató las duras impresiones recogidas en los barrios pobres. El desempleo crónico lo alarmaba. Sus comentarios angustiados fueron propicios para proseguir el debate.

A lo largo de la década del 80 y en 1990 el desempleo seguiría siendo elevado. El modelo sería estructuralmente incapaz, a juicio de los futurólogos, de superarlo.

Los argumentos fueron numerosos: ritmo de crecimiento bajo, tasa de inversión contraída, persistente volcamiento hacia el consumismo importado propiciado por importadores y financistas. Las nuevas exportaciones serían poco empleadoras, y si bien la construcción podría aliviar la carga su aporte sería cíclico, no estable. Los servicios tenían un límite impuesto por el "chorreo" de la minoría; crecería pero no para ir más allá de absorber parte del incremento de la población activa. A nadie cabía duda de que el Programa de Empleo Mínimo (PEM) no era sino una cesantía encubierta que escondía casi 5 % de desocupación, y además con los 40 dólares mensuales que recibía el beneficiario del PEM en aquel año de 1981, apenas pagaba el pan y la movilización. También anotaron que gran parte de los

llamados ocupados cumplían tareas temporales, vendían objetos en las calles o limpiaban autos, y que no eran sino cesantes disfrazados.

El incremento del contingente militar en cerca de 60.000 hombres significaba casi dos puntos de ocupación, que de lo contrario elevaría la tasa de cesantía. Estos 60.000 ocupados no producían bienes y el servicio que prestaban a la comunidad era ciertamente discutible.

La continua emigración también escondía la incapacidad empleadora del modelo. En suma, Chile viviría con una alta masa de cesantes, dispersos, deprimidos, pero "bajo control", sin capacidad de levantarse ni expresarse. Ellos no constituían "riesgo político" y tampoco preocuparían como problema. No eran más que un recurso abundante y excedentario en la lógica de los tecnócratas que auxiliaban al gobernante. Por lo demás, tenía que ser así para disponer de mano de obra barata de exportación y de servicios.

Al promediar la sesión de pronósticos, flotaba en el ambiente una duda que hizo explícita un asistente menos habituado al análisis lógico y más sensible a las impresiones cotidianas. Se expresó así: me parece bien y comparto los juicios, pero ¿cómo es que las cifras con que nos inundan crean imágenes distintas de lo que veo a diario? ¿Cómo es que el futuro que avizoramos es tan distinto del que nos vende la TV y los diarios?

Las respuestas fueron variadas. Uno de los economistas, menos futurólogo y más amigo de las cifras, hizo una serie de consideraciones. Es difícil retenerlas todas, pero en síntesis arguyó:

- Si sobre los desaparecidos, los muertos, los Lonquén, el IVA, Jara, Alvarez, para mencionar lo más cercano, no sabemos nada, aunque sospechamos todo, ¿no es más fácil adulterar cifras que ocultar aquellos hechos tan evidentes? Cabe entonces la duda de un fraude.

- Una buena parte del crecimiento anunciado es salida del abismo en que cayó la economía en 1975. Otra parte es astucia estadística. Un mínimo es mejoramiento.

- No guardan relación las cifras de consumo eléctrico con las del crecimiento que entrega el gobierno. Siempre hubo una buena correlación. Ahora no la hay. En parte podría explicarse por cambios en la estructura económica. Las utilidades de los bancos, que se computan como valor agregado nacional, necesitan pocos KWH para generarse. Pero la divergencia es grande.

- Las cifras del empleo poco reflejan, pues no cuentan ni el PEM, ni los cesantes (y mencionó un estudio serio que mostraba que el número total de ocupados en 1978 era igual al de 1970).

- Es posible que las cifras del producto industrial valoricen como producción nacional parte de las importaciones de bienes terminados que realizan las propias industrias y que se esté computando como valor agregado local los nuevos insumos importados. En tal caso el crecimiento industrial estaría falseado.

- El índice de precios oficial no mide la inflación. Han habido varias "correcciones". En realidad la tasa de inflación es bastante más elevada. (Y citó dos estudios que mostraban, en base a datos de las encuestas oficiales, que la inflación había sido apreciablemente más alta que la difundida por el gobierno).

- Un pequeño cambio en el deflactor del producto, una pequeña subestimación de la inflación y la tasa de crecimiento del producto se elevaría artificialmente.

- También - dijo - para unos pocos militares que todavía creen vivir en situación de guerra contra su pueblo la "desinformación" para despistar al enemigo es un arma normal, es parte de la guerra psicológica.

- Y por último, anotó, continuarán propagando una imagen internacional de éxito para que perdure el flujo de financiamiento externo. El descontento interno puede aplacarse con fuerza y TV, pero afuera esos paliativos no pueden utilizarse. Para la estabilidad del modelo, la imagen de éxito internacional es imprescindible y ella será proyectada a cualquier precio, presentando las cifras que sean necesarias. Creamos poco a esos datos - concluyó - y propuso que un buen esfuerzo se concentrara en desentrañar las verdaderas cifras.

### ***¿Quién gana con el modelo?***

Días más tarde se reanudó el trabajo. Esta vez un nuevo tema fue puesto sobre la mesa. ¿Qué pasaría en 1990 con la propiedad y con la distribución del ingreso? De continuar el modelo imperturbado ¿podría vislumbrarse alguna desconcentración de la propiedad y una mejoría en la distribución de la renta?

Unánimemente los participantes expresaron que no existían factores correctivos a las tendencias concentradoras de la propiedad. Por el contrario, la opinión predominante fue que en el mejor de los casos, la propiedad conservaría los muy elevados grados de concentración que ya manifestaba en 1980 y que aún podría agudizarse más. Los grupos financieros continuarían reteniendo el grueso de las utilidades, lo cual les daría un poder incontestado. Su capacidad para adquirir nuevos activos se acrecentaría. La industria, antes fuente de riqueza y poder, ya no lo era y seguiría decreciendo como foco de acumulación. Algunas actividades productivas de exportación se afianzarían, pero también ligadas a los bancos y financieras. El comercio de importación daría origen a nuevas fortunas, pero de menor envergadura, dependientes del modelo abierto y apegadas al aparato financiero.

En la agricultura, de Chillán al sur, los propietarios continuarían debatiéndose en una situación difícil con escasa capacidad de acumulación. En la zona central, las nuevas propiedades dedicadas a los rubros de exportación constituirían un área de propiedad mediana, abierta a un mayor número de propietarios. Pero esta aparente desconcentración se verificaría a costa de las tierras despojadas a la reforma agraria y a los campesinos. Estos últimos perderían aún más significación y los que lograran subsistir constituirían un sector totalmente marginal.

El aparato económico estatal continuaría desmantelándose. Esto por razones ideológicas y cuasi religiosas. El fanatismo antiestatal de los tecnócratas no tenga parangón. La propiedad pública quedaría circunscrita a ciertas actividades de escaso interés para los grupos financieros y, como además perduraría la privatización con liberalización indiscriminada, gran parte del excedente que aún captaba el Estado mermaría, la inversión pública permanecería baja y los recursos estatales, incluyendo la previsión, engrosarían las arcas de los grupos privados. Retendrían en sus manos el más grande poder económico y político conocido en la historia de Chile. En suma, se terminaría en algo así como un neofeudalismo en medio de una era financiera transnacional. Rara mezcla.

La presencia extranjera seguiría expandiéndose. En efecto, por su aversión a comprometerse directamente en grandes inversiones productivas, con largos períodos de maduración, el sector financiero delegaría esta función en las transnacionales. Habría nuevas embestidas contra CODELCO último reducto estatal, para conseguir la desnacionalización del cobre. Hasta ahora el EMF no lo había logrado por la oposición de algunos oficiales de las fuerzas armadas. Pero esta situación podría cambiar.

La distribución del ingreso, agregó otro economista, guarda una relación estrecha con el grado de concentración de la riqueza. Por ese lado las perspectivas de un mejoramiento serían tenues. Hasta 1980 la situación había sido dramática; algo podría mejorar, pero sólo levemente, para un anillo delgado de personas insertadas en la periferia del EMF.

Las otras palancas disponibles para amortiguar el impacto regresivo sobre los ingresos de los pobres serían el gasto social y la inversión pública, en tanto absorbedora de mano de obra cesante. Ambas seguirían limitadas estructuralmente, por la naturaleza de un modelo que reposaba en la jibarización del Estado.

La política económica ultraliberal también impediría un mejoramiento en la distribución de la renta. Libres de pies y manos, los grupos financieros se enfrentarían "de igual a igual" con individuos dispersos; imperaría la ley del más fuerte, donde leones y conejos tendrían los mismos "derechos" de comerse mutuamente.

Como balance, convinieron todos, los dos rasgos más espectaculares serían un acrecentamiento de la concentración de la riqueza y una creciente transnacionalización. Los grupos poderosos podrían pagar sueldos altos a sus tecnócratas y



hasta permitirían captar buenas utilidades a sus allegados, pero la propiedad misma, las fuentes de riqueza, quedarían radicadas en muy pocas manos. Las nuevas inversiones pasarían a empresas extranjeras, para así sellar una alianza duradera entre esta burguesía nacional especulativa y su mandante extranjero.

### ***El endeudamiento externo sería permanente***

El esbozo del futuro dejaba entrever una aguda polarización social. Había, sin embargo, un factor que podría atenuar superficialmente las consecuencias de esta división tan marcada: el endeudamiento externo. Este permitiría inundar el mercado con algunos bienes duraderos y así dar una sensación de bienestar para sectores más vastos. Ya en 1980 la deuda externa había excedido los 10.000 millones de dólares, arrojando uno de los más altos endeudamientos per cápita del mundo.

Otro de los participantes, estudioso del comercio exterior, formuló las afirmaciones siguientes:

Las exportaciones tenderán a crecer a un ritmo más lento que en el pasado, mientras las importaciones se expandirán sostenidamente. La industria desprotegida seguirá desapareciendo y la agricultura destinada al consumo interno también se doblará ante los embates de las oscilaciones internacionales. Parte creciente de la demanda interna recaerá sobre las importaciones, El déficit en la balanza comercial crecerá.

La escalante deuda ocasionaría más intereses. La cuenta corriente arrojaría entonces un déficit bastante más alto que el comercial. El nuevo y permanente endeudamiento sería irrefrenable. En 1990, si todo siguiera igual, la deuda excedería los 30.000 millones de dólares a precios de 1980.

La cifra resultaba desorbitada. El conocedor de las cuestiones económicas externas prosiguió. Ese endeudamiento adicional no depende de Chile. La liquidez internacional ha sido excepcional desde 1975. Si el modelito ultraliberal se hubiese intentado en otro período no habría durado tanto. Y agregó: su despliegue futuro dependerá de la situación mundial, que podría cambiar. Allí, a su juicio, acechaba un elemento altamente determinante e imprevisible.

No obstante - acotó - tal nivel de deuda sería probablemente inalcanzable, pues alarmaría a la banca internacional. Para impedir ese desenlace, la Junta Militar extremaría sus medidas de atracción a las inversiones extranjeras directas, en vez de deuda. Ingresarían en tal caso recursos en abundancia. Se instalarían nuevos bancos extranjeros a gran escala y los grupos financieros chilenos se asociarían con ellos para manejar juntos los nuevos recursos.

A los ejecutivos transnacionales les encanta la "paz social" y la ciudad limpia y bella. Para convencerlos y asegurar su presencia el modelo político debería continuar implacable. La sensación de estabilidad y éxito habría de proyectarse a toda costa. Por este lado, modelo ultraliberal y dictadura política estrechaban también sus manos, cerrando el círculo de opresión.

### ***Los sociólogos hablan***

Los sociólogos del grupo extendieron los pronósticos hacia otros terrenos - generalmente ausentes del análisis económico. Lo que hemos observado durante estos siete años y lo que hemos escuchado aquí, dijeron, nos incita a opinar sobre las posibles consecuencias del modelo sobre cada estrato socio-económico.

La burguesía industrial se vería amenazada y la mediana y pequeña particularmente afectada. Se salvarían quienes devinieran importadores y otros pocos que consiguieran exportar. El espíritu empresarial productivo decrecería y un cambio cualitativo importante se gestaría, marcando el carácter dominante de una burguesía netamente especulativa. Aquella imagen del empresario schumpeteriano, creador, que instalaba máquinas, incorporaba tecnología y contribuía al desarrollo del país, en 1990 sería cosa del pasado. En su reemplazo, caricaturizó uno de los presentes, más que empresarios, los nuevos capitalistas-financistas semejarán corsarios, cuyos bergantines serán los bancos y las financieras.

Los sectores profesionales, los técnicos e ingenieros se irían debilitando. Sus organizaciones gremiales no cumplirían ningún papel. Un gran número se desviaría a otras labores comerciales o de servicios y habrá quienes usarían sus habilidades científicas para calcular tasas de interés y su rendimiento. Chile perdería parte importante de su capital humano. Sólo prosperarían los profesionales funcionarios de la banca y su periferia. El proletariado industrial y el campesino de las áreas agrícolas no exportadoras reducirían su importancia cuantitativa. Igual cosa acaecería con los empleados públicos. En cambio, expresaron, se fortalecerán los negocios de comercio, los servicios para los más pudientes, los comerciantes ambulantes y emergerá una variedad de subejecutivos con maletines que pulularán en torno a los servicios, a las finanzas, al comercio, a la construcción. Los trabajadores organizados, que en el pasado dieron estructura a la sociedad chilena, dejarían paso, poco a poco, a un nuevo grupo de hombres solos, asustados, preocupados de conseguir o retener su trabajo, sin mirar al otro algunos de ellos obnubilados por el centellar de un consumo superfluo, al cual pocos accederían.

El modelo ultraliberal necesitaba de la atomización social y del temor colectivo para afirmarse. Y agregaron otros argumentos. Como ese modelo no será capaz de integrar a nuevos sectores del país, se debería desmembrar aún más las organizaciones sociales para contener sus reivindicaciones y ahogar sus expectativas.

Las llamadas siete modernizaciones del régimen (curioso apodo copiado de las cuatro modernizaciones del gobierno chino) perseguirían ese propósito: debilitar las formas colectivas de acción y colocar a cada hombre solo frente al mercado e inerme ante los grupos financieros y el Estado represivo.

El plan laboral, el traspaso de la educación a las municipalidades y la supresión del Servicio Nacional de Salud apuntan en esa dirección. Las nuevas disposiciones sobre previsión social eran sin duda el operativo más audaz. Cada trabajador pondría su ahorro a disposición de las financieras y su preocupación ya no sería la de asociarse con otros en pos de fines comunes, sino de buscar solitario la mejor tasa de interés en el mercado. Era un invento diabólico, mediante el cual las financieras intentaban confinar la suerte de los trabajadores a la estabilidad del modelo económico.

El control de los medios de comunicación y la utilización de las más sofisticadas técnicas de publicidad lograrían mantener ávido el espíritu de consumo y abrir así cauce a las energías reprimidas de tantos hombres aislados. Daríase así la sensación de ebullición y progreso. Hombres trabajando horas extraordinarias para pagar o aspirar a un televisor a color. Campañas de prensa para mostrar el progreso de Chile y su pueblo.

Conseguirían así desdoblar las conciencias solitarias: hoy estamos mal, pero mañana estaremos mejor; no tengo para comer, pero podría aspirar a un automóvil; hay persecución, pero sólo a unos pocos.

Uno de los sociólogos ilustró con su propia experiencia esta hábil manipulación de las imágenes. Cuando viajó al exterior - dijo - y regreso después de unas semanas, me parece que un extraño virus de locura se hubiera propagado entre los prisioneros del gobierno y sus allegados. Hablan de libertad cuando la han conculcado, hablan de democracia donde la han sepultado, hablan de desarrollo y el país está viviendo una involución tecnológica y cultural, se felicitan por los progresos en el empleo en circunstancias que nunca hubo tanto cesante, exaltan valores nacionales mientras transnacionalizan e hipotecan la patria. La reiteración incansable de visiones parciales y verdades incompletas logra sorprender a muchos, adormecer a otros y hasta convencer temporalmente a unos pocos. Repetir, repetir que algo penetra en las conciencias es la consigna. Al final, los publicistas del régimen terminan persuadiendo hasta a los mismos que les en cargaron la propaganda. Quienes detentan el poder van perdiendo así la escasa capacidad correctiva que poseen y caen progresivamente en un círculo cerrado que obstruye sus mentes y los arrastra a posiciones ególatras y extremistas.

En suma - corroboró - reconozco que los medios de comunicación social han desempeñado un papel crucial y que la propaganda política seguirá siendo un arma privilegiada para separar la realidad del día de una utopía que nunca llegará.

Sin embargo, la atomización no se lograría sólo dispersando a hombres y organizaciones - continuaron -. También exigiría bloquear los canales de comunicación entre ellos para evitar la solidaridad y la formación de un pensamiento común. El surgimiento de un proyecto democrático siempre sería percibido por el EMF como un peligro. Por lo tanto, serían sofocadas las fuentes de creación de una visión crítica y alternativa de Chile. Las universidades serían controladas y reprimidas; los centros de investigación independientes combatidos, las publicaciones contestatarias restringidas o prohibidas, la educación secundaria quedaría en manos de alcaldes o de compañías privadas. Se terminaría en una sociedad dispersa, desconectada, sin pensamiento propio, fácil presa de la propaganda y de la ideología dominante.

En medio de esta dispersión popular reinaría un poder altamente concentrado. En 1990 no sólo se verían grupos financieros propietarios de bancos, financieras, compañías de seguro, industrias, tierras, minas, cobre y hasta petróleo. Sería normal que varios de ellos poseyeran además radios, revistas, diarios y empresas editoras, lo novedoso sería la adquisición de algunos colegios, institutos técnicos y universidades. Y los mayores completarían ese poder con sus propias policías privadas. Desembocaríamos en una estructura donde el EMF monopolizaría sin contrapeso la economía, los medios de comunicación, la educación y la fuerza.

Los propaladores de las bondades del sistema propiciado por el EMF seguirían siendo esa nueva casta sacerdotal: los economistas de los grupos financieros. Su fabricación en serie seguiría encomendada a una compañía de Chicago y, los de menor cilindrada, a sus filiales ensambladoras en Chile. Sus elevadísimos salarios y la cálida sensación de poseer un poder ilimitado (sin percatarse que reposa en las bayonetas que tienen otros) los haría cada vez más leales. Poco a poco, acosados por la realidad, se volverían más soberbios y hostiles. La aparente lógica científica daría paso cada vez más a un fanatismo, y como buenos fanáticos, mientras más acosados más fanáticos se tornarían.

### ***El estado mayor financiero y el estado mayor militar***

Así, remataron los sociólogos, la polarización económica vendría acompañada de una polarización social. Y para preservar su dominación, el EMF iría dependiendo crecientemente del estado mayor militar (EMM).

La oficialidad del ejército, eje de la fuerza del gobierno, sería entonces objeto de copiosos obsequios y adulaciones. Su incondicionalidad sería el propósito prioritario del EMF.

Luego de escuchar a los sociólogos, los demás analistas convinieron que el pilar último y fundamental del modelo sería siempre el aparato militar. El EMF intentaría crear otros frentes de poder: legitimándose con constituciones, ganando adeptos con televisores, agobiando con propaganda y hasta organizando sus poli-

cías privadas. Pero al final, el núcleo de dominación reposaría en la articulación de los dos estados mayores, el financiero y el militar.

Ambos controlarían sus respectivas jerarquías e impondrían sus pirámides de dominación. La superposición de ambas pirámides de mando aseguraría el dominio de una minoría privilegiada sobre la mayoría del país. El elemento cohesionador de las dos instituciones autoritarias sería eminentemente ideológico. Lo que para la seguridad nacional será el enemigo interno, para los grupos financieros será el enemigo de clase. El EMM aportaría la cuota de terror y el EMF la de consumismo. El orden del uno nacería de la fuerza bruta, el del otro del mercado despiadado.

La seguridad nacional, en su basamento económico, se verla ciertamente socavada. Un frente interno dividido, grandes contingentes cesantes, una industria desmontada, con su rama metalmecánica en desaparición y una burguesía nacional cada vez más transnacionalizada trizarían la capacidad de defensa y desarrollo. El argumento propalado por los tecnócratas en el seno del ejército de que hay dos formas de producir acero, con hierro y carbón o con manzanas o uvas para luego intercambiarlas en el mercado mundial, convencería poco a los militares, quienes pronto se percatarían que poco poder de fuego conseguirían disparando uvas. A medida que la evidencia de esta realidad acicateara la conciencia de los militares, el EMF desplegaría mayores esfuerzos para aplacarla con el raciocinio tecnocrático y con prebendas materiales.

En caso de presión castrense por preservar o desarrollar ciertas actividades industriales, los tecnócratas y los grupos financieros resolverían el problema autorizándole a las fuerzas armadas la posesión de algunas plantas a título excepcional y por "razones no económicas".

Además, les aconsejarían sobre la inconveniencia de fabricar pertrechos militares en el país, pues ellos son tan complejos que mejor sería importarlos. La solución consistiría en poseer reservas en divisas y un stock importado en vez de elaborarlos en Chile.

La homogeneidad del equipo tecnocrático seguiría siendo una condición indispensable para contrarrestar las inquietudes de la oficialidad. La total unidad de pensamiento, la articulación monopolítica y la difusión repetitiva de sus postulados era un gran factor de poder. Sin duda, como grupo compacto, el equipo de economistas había dado y debía seguir dando muestras de eficacia. Era el más organizado de los "partidos políticos" civiles.

A juicio de los futurólogos, en suma, hacia 1990 veríanse nuevas y variadas maniobras del EMF para apuntalarse con el respaldo del EMM.

A ese intento correspondería un nuevo Estado, desmantelado en su función económica y fortalecido en su función política. Mercado libre con Estado chico; pue-

blo reprimido con Estado grande; ley de la selva en la economía, ley del miedo en la política Esa sería la dialéctica futura.

### ***Un Chile escindido***

Luego de largas horas de debate, el Chile de 1990 emergió en toda su crudeza. Se perfilaba una infausta imagen: un país dividido en dos, escindido y transnacionalizado. Un país pequeño y desarrollado para una minoría y uno masivo y pobre para la mayoría; Suiza en Las Condes y Bangladesh para el resto.

Sería un mundo ideal para un 10 % de la población, un mundo posible para otro 20 %, y pobreza para el 70 % restante. El nuevo Chile sería sólo para dos o tres millones, sostenido sobre las espaldas de los otros siete millones.

El sector privilegiado viviría como en Estados Unidos o en Europa, pero en Chile. Los productos serían importados, los capitales importados, la inversión extranjera, los gustos y la moda transplantados. Las bases de la nación se verían cuestionadas, ni la seguridad nacional sería nacional.

De seguir las cosas igual, se habría consumado el más audaz intento contemporáneo de transnacionalización de un país subdesarrollado, impulsado por sus grupos dominantes, apoyados por las transnacionales y por la ideología ultraliberal en boga, difundida por algunos sectores de la derecha norteamericana.

Los grupos minoritarios transnacionalizados se aislarían del pueblo y lo someterían. Sería una original forma de "apartheid" monocolor, donde hasta los mendigos y las poblaciones de los desposeídos se erradicaran de los barrios ricos para no ser vistos; para no enturbiar la diáfana alegría de unos pocos y alejar la duda de sus espíritus.

Y eso también cuadraría con el modelo político: una dictadura férrea para asegurar la supervivencia de esa minoría aislada. Toda opción de apertura se clausuraría para crear la sensación de que se viviría en una encrucijada: Pinochet o el caos, hasta el colapso. Y esa polarización sería buscada deliberadamente por la minoría, extirpando cualquier germen de apertura democrática, para prolongar lo más posible su dominación.

El grupo de futurólogos terminó sus reuniones en silencio. El escenario ultraliberal los había deprimido. El 1990 lucía trágico. Como despertando de una pesadilla, algunos de los presentes se sintieron aliviados. En realidad, dijo uno, retornemos a 1981. Lo que construimos no fue más que un escenario extremo. Pero en el fondo de sus mentes, la imagen estaba grabada, impactante... y era probable. Había que impedirlo.

## ***Epílogo***

Es muy difícil, quizás imposible, predecir científicamente el futuro lejano de una economía y sus consecuencias sociales. Pero es muy necesario, si no imprescindible, avizorar el rumbo de un proceso para orientar la acción política.

¿Cómo enfrentar este dilema entre imposibilidad científica y necesidad política? Un camino es bosquejar escenarios alternativos y juzgar la probabilidad de que acontezcan. Paul Samuelson, Premio Nobel de Economía, al iniciar su trabajo **La Economía Mundial a fines del Siglo** que presentara en 1980 ante el Congreso Mundial de Economistas, dijo: "Desde un principio declaramos que ningún científico puede determinar con precisión el futuro lejano. Lo que distingue al sabio del diletante es la plausibilidad de sus predicciones, el grado de interés y la relevancia del cuento que está contando".

El Chile de 1990 que nos relataron los científicos-futurólogos es uno de los escenarios imaginables: si el modelo económico ultraliberal se mantuviera a sangre y fuego.

Unos lo juzgarán probable, otros remoto. Cada lector evaluará la plausibilidad del rumbo delineado. Habrá quienes vislumbren un cuadro menos dramático y algunos hasta imaginarán que el modelo vigente superará algunas fallas.

Sin embargo, hay otros escenarios posibles. En la trayectoria que nos trazaron los futurólogos no existía un oponente al grupo dominante. Pero hay otro Chile latente. Hay un pueblo que busca nuevas formas de expresión, que renueva sus ideas y que articula nuevas organizaciones para oponerse a la atomización. Hay una historia y una idiosincrasia libertaria y democrática. Hay una memoria colectiva sumergida, pero no borrada. Hay algunas conciencias adormecidas, pero no muertas.

Hay otro destino para Chile - un Chile para todos los chilenos - que sólo podrá construirlo el pueblo entero.